

Félix Mesguich y Boleslaw Matuszewski. Reflexiones de pioneros sobre cine documental

Presentación de las traducciones

Presentamos en esta sección, ya habitual y característica de *Cine Documental*, un rescate de viejos escritos jamás publicados en castellano. Se trata de los textos de dos operadores de los hermanos Lumière: el polaco Boleslaw Matuszewski y el argelino Félix Mesguich, éste último incluye un prefacio de Louis Lumière. Traducciones realizadas de forma impecable por Soledad Pardo, como ya es habitual y característico de *Cine Documental*.

En esta recuperación de documentos históricos escritos por los difusores del nuevo invento y creadores de las primeras imágenes cinematográficas se encuentran algunos elementos conceptuales que habitualmente creemos de aparición más tardía: el vocablo “documental” y la voluntad de crear archivos cinematográficos. Estos son los ejes rectores del trabajo de Matuszewski (originalmente publicado el 25 de marzo de 1898 en *Le Figaro*), quien a poco más de dos años de las primeras funciones públicas de los Lumière indica la necesidad de la creación de archivos cinematográficos para la enseñanza de la historia mediante el cine “de interés documental”. Al mismo tiempo denomina con justeza “fotografías animadas” a los planos, rechazando la errónea noción de “imágenes en movimiento” que luego se volverá moneda corriente. Según el operador polaco el cineasta se vuelve un testigo visual de la historia: “El cineasta tal vez no registre la totalidad de la historia, pero al menos la parte que nos ofrece es indiscutible y absolutamente verdadera”. Algo que desde 1898 no ha dejado de estar en discusión y de ser reevaluado.

En cuanto al texto de Mesguich, se trata del prólogo de su libro *Tours de manivelle, souvenirs d'un chasseur d'images* (París, Editions Bernard Grasset, 1933), incluimos aquí también el prefacio escrito por Louis Lumière (congratulamos a Pablo Lanza, miembro del equipo de *Cine Documental*, por conseguirlo investigando en archivos parisinos). Se trata de las memorias de uno de los operadores con más vistas primitivas realizadas y, asimismo, es uno de los que más kilómetros recorrió registrando imágenes en distintos puntos del globo (y divulgando, desde ya, las bondades del nuevo invento). En acuerdo con Matuszewski, el argelino se permite decir: “pude revelar en su ‘forma visual’ a toda una generación los paisajes de

nuestro planeta y las costumbres de sus habitantes más lejanos, en su exacta realidad, algo que nadie había hecho hasta ese momento”. Producto y efecto de la revolución del cinematógrafo. Podemos o no estar de acuerdo con ellos, pero lo que no creemos pertinente es olvidarlos. Sólo conociendo los orígenes podemos afrontar con herramientas idóneas la lectura del cine documental presente.

Vueltas de manivela. Recuerdos de un cazador de imágenes

Por Félix Mesguich

Traducción de Soledad Pardo

Carta-Prefacio de Louis Lumière

¿Cómo podría yo, mi querido Mesguich, rechazar el testimonio de estima que, por el contrario, le otorgo con gran alegría al presentarles a los lectores esta colección de recuerdos tan pintorescos y vivos?

Usted fue, no lo olvido, uno de nuestros primeros colaboradores cuando se trataba de dar a conocer el pequeño molino de imágenes que había nacido en Monplaisir; y recuerdo su entusiasmo, cuando lo vi partir con el aparato para tomar vistas bajo el brazo, hacia esa nueva y original cruzada que fijó su destino.

Evocar los comienzos del cinematógrafo, con los cuales usted estuvo fuertemente involucrado, me ha permitido regresar a un pasado ya lejano. ¡Qué contraste sorprendente, si nos trasladamos a aquel fin de año de 1895, entre el modesto subsuelo del Grand Café, donde nuestro viejo amigo Clément Maurice se desvivía por asegurar el éxito de aquello que no era por entonces sino una simple curiosidad, y los palacios magníficos donde se presenta actualmente para miles de espectadores, cautivados por este arte nuevo que ha alcanzado un lugar tan grande en la vida moderna! Yo mismo estaba al principio bien lejos, lo admito, de presentir la fuerza atractiva que debían ejercer sobre las masas las proyecciones animadas.

Usted me ha procurado el agradable placer de hacer con el pensamiento un viaje por el mundo. No dudo que todos aquellos que lean esta obra tendrán, como yo mismo, el más vivo interés por seguirlo en sus excursiones y vivir con usted los múltiples y curiosos incidentes de ruta de los cuales ha sido a menudo el principal y valiente actor. De su libro se desprende una bella lección de energía. Este volumen merece el gran éxito que le deseo de todo corazón.

Prólogo

A veces se habla de vocación. Fue el azar quien decidió la mía, el azar de una relación familiar y también la coincidencia de que había sido liberado del servicio militar cuando la invención de los hermanos, puesta a punto a fines del año 1895, comenzaba su desarrollo, un desarrollo tímido al principio pero que no se detendría.

Haber sido uno de los modestos artesanos, en una época en la que nadie podía prever semejante amplitud, haber sido el alumno atento de los inventores y haberme consagrado con toda mi alma al trabajo que elegí, me da cierto orgullo.

Fue de modo imprevisto, por ende, como fui lanzado a la carrera cinematográfica.

Otros preparan su camino desde su infancia. Para mí, nada debía atraer mi juventud hacia lo que determinó mi destino, ya que el cine era desconocido en aquel entonces. No es la linterna mágica de nuestros padres, primera idea de la proyección, la que podía desarrollar tal ambición. En esa época apenas imaginábamos que, inerte y sin relieve, gracias al descubrimiento de los hermanos, ella se animaría y adquiriría esa condición indispensable en toda vida: el movimiento.

Evocando la existencia agitada, pero rica en visiones y sueños, que he vivido a través del vasto universo, pienso que no eran solamente las imágenes que desde sus comienzos el cine ponía en acción, sino también los operadores encargados de aprovisionarlo.

Entre ellos, yo fui uno de los primeros.

Cuando veo cómo se transformó la misión del “cazador de imágenes”, no puedo dejar de pensar en el pasado. La velocidad de las comunicaciones ha encogido el mundo y, si admiro la importancia de los medios que disponen mis sucesores de hoy en día, también pienso, sin ninguna amargura, que diré lo mismo con cierto placer, y tal vez con cierto orgullo, de mi vida de antaño.

¡Ah! cuando nos poníamos en marcha por alguna esquina aislada y lejana de nuestro planeta, no llevábamos acompañantes. No era una expedición. Ninguna otra ayuda más que los pocos empleados contratados en el lugar, en condiciones a veces difíciles. Me recuerdo por montes y valles, en países desconocidos, cargando mi pesado trípode y esa rueda mágica con la cual “rodé” en todas las latitudes y *puse en vidriera* al mundo en las películas.

¡Solo! Sí, estaba solo, o casi. Tenía que pensar todo, preparar el itinerario, buscar el alojamiento, transportar los accesorios, encontrar los temas, tomar las vistas, revelar los negativos, fijar los positivos y, frecuentemente, ejecutar la proyección.

Época mal conocida, tiempos heroicos, en los cuales no puedo pensar sin conmoverme.

¡Era joven, y tenía fe!

Y si alguna vez durante esos años -que no vinieron sin duras pruebas- me atacó, si no una duda, al menos una cierta inquietud por el porvenir de ese arte nuevo al cual me había vinculado, no fue más que una debilidad pasajera que no tardó en desaparecer.

Volvía a empezar con más entusiasmo.

Atravesé todos los mares y, como el judío errante, caminé sin cesar por todos los continentes; pero mientras éste último conservaba para sí mismo, como alimento de su sueño interior, la visión de los espectáculos siempre renovados que le ofrecía el universo, mi ambición ha sido guardarlos en mi caja de imágenes para que otros hombres, hermanos míos, sientan toda su belleza y participen de mis emociones.

Viajero incansable, contemplé los más bellos paisajes y me incliné sobre los vestigios más representativos de las antiguas civilizaciones. Poetas y literatos escribieron volúmenes sobre sus temas. Mi tarea estaba limitada por el objetivo. La misma consistía, simplemente, en fijar los aspectos fugaces del mundo, a medida que mi cámara —a dieciséis imágenes por segundo— las registraba al ritmo de mis peregrinaciones.

Intentando reconstruir todo ese pasado, no disimulo en absoluto las dificultades de esta tarea: la manivela siempre me resultó más familiar que la pluma, y tengo la sensación de que me resultaría más fácil dar la vuelta al mundo otra vez que describir los zigzags de mis viajes. Tal vez sea incapaz de revivir los episodios en su vivacidad primera, con mis sorpresas, mis entusiasmos y mis conmociones, pero el deseo me tienta a hacer la prueba.

Leyendo últimamente la *Historia del Cinematógrafo* de mi amigo Michel Coissac,¹ obra sumamente documentada, me llamó la atención el siguiente párrafo: “Cuando, cómodamente instalado en un sillón, ve desfilar sobre la pantalla las más variadas escenas que los audaces y valientes operadores fueron a fijar sobre el film a la jungla, la sabana o la soledad congelada de las regiones polares, el espectador se toma la molestia de reflexionar sobre toda la paciencia y resistencia que hizo falta para llevar a buen término ese trabajo, y los asiduos visitantes de las salas de cine no serán los últimos en sorprenderse al ver allí los peligros a los cuales exponen ciertas tomas de vistas”.

Voy a esforzarme por mostrárselos.

La pasión de la profesión lleva a imprudencias audaces de las cuales sería vano enorgullecerse, porque en el momento no somos conscientes de ellas. Más tarde, cuando nos “damos cuenta” de las mismas, notamos los riesgos que tomamos.

Pero al transportar a mi lector treinta y siete años atrás no tengo la única intención de ligarlo a mis alegrías o infortunios, ni tampoco a los peligros que pude afrontar, en los cuales la salvación vino a veces de un poco de suerte. Quisiera simplemente evocar para él numerosas escenas que tocan la historia o tienen originalidad, que matan cada día un poco más el progreso de la civilización.

Pero, al hacer de esta manera el balance de una larga carrera, llego a veces a preguntarme: “¿mi tarea ha sido, al menos, útil?”. Con seguridad, creo poder responder hoy en día afirmativamente, porque pude revelar en su “forma visual” a toda una generación los paisajes de nuestro planeta y las costumbres de sus habitantes más lejanos, en su exacta realidad, algo que nadie había hecho hasta ese momento.

Aquellos que me lean hasta el final, verán de cuantos films actuales los míos han sido precursores.

No sin emoción voy a proceder a segmentar la larga cadena de recuerdos de “mi vida vagabunda”. Encontré postales enviadas a los míos, documentos recogidos en el lugar, algunas cartas de embajadores extranjeros, mi vieja libreta militar -con sus hojas recubiertas de múltiples sellos consulares- y también algunos diarios de ruta, desgraciadamente muy incompletos.

Esas páginas amarillentas me ayudarán a realizar el “montaje” de esos primeros reportajes cinematográficos, que deseo “soldar” entre sí, en un relato breve pero fiel.

Notas

¹ *Histoire du cinématographe*, Editions du cineopse, París, 1925.

Una nueva fuente de historia: la creación de un archivo para el cine histórico

Por Boleslaw Matuszewski

Traducción de Soledad Pardo

Sería un error creer que todas las categorías de *documentos representacionales*¹ que colaboran con la Historia tienen un lugar en museos y bibliotecas. A diferencia de las medallas, la vajilla del Iluminismo, las esculturas, etc. -que son recolectadas y clasificadas; la fotografía, por ejemplo, carece de un departamento especial. A decir verdad, los documentos que provee rara vez tienen una naturaleza histórica clara, y, sobre todo, ¡hay demasiados! Aún así, algún día alguien clasificará todos los retratos de los hombres que han tenido una marcada influencia en su época. Sin embargo, a esa altura sólo se tratará de una vuelta al pasado, y desde ahora la cuestión es ir hacia adelante en esta dirección; los círculos oficiales ya le han dado la bienvenida a la idea de crear en París un Museo Cinematográfico o Archivo.

Esta colección, necesariamente limitada en un principio, crecerá en la medida en que el interés de los fotógrafos cinematográficos se mueva de temas puramente recreativos o fantásticos hacia acciones y eventos de interés documental; de la porción de vida como de interés humano hacia la porción de vida como muestra representativa de una nación y un pueblo. La fotografía animada entonces habrá dejado de ser un simple pasatiempo para transformarse en un método consensuado para el estudio del pasado; o más aún, dado que permite ver el pasado directamente, eliminará, al menos en ciertos puntos importantes, la necesidad de investigación y estudio.

Además, podría convertirse en un método de enseñanza singularmente efectivo. ¡Cuántas descripciones vagas abandonaremos el día que una clase pueda ver, proyectados en precisas imágenes en movimiento, los rostros calmos o alterados de una asamblea deliberando, el encuentro de jefes de Estado listos para firmar

una alianza, la partida de tropas y escuadrones, o incluso la fisonomía móvil y cambiante de las ciudades! Pero puede que pase un largo tiempo hasta que podamos recurrir a esta fuente auxiliar para enseñar historia. Primero debemos acumular estas manifestaciones exteriores de historia para que luego puedan ser desplegadas frente a los ojos de aquellos que no fueron testigos de ella.

Un problema puede complicar nuestra reflexión un instante, dado que el evento histórico no siempre ocurre donde se espera que suceda. La Historia está lejos de componerse solamente de ceremonias planificadas, organizadas con antelación y listas para posar frente a las cámaras. Suceden comienzos de acciones, movimientos iniciales, eventos inesperados que eluden la cámara del mismo modo que escapan a las agencias de noticias.

Sin duda las consecuencias de la historia son siempre más fáciles de medir que sus causas. Pero una cosa aclara la otra, estos efectos, completamente traídos a la luz por el cine, ayudarán a entender mejor las causas que hasta ahora han permanecido en una semi-oscuridad. Y encontrar no todo lo que existe, pero sí todo lo que puede ser captado, es ya un excelente logro para cualquier fuente de información, científica o histórica. Ni siquiera los relatos orales o los documentos escritos nos ofrecen el curso completo de los eventos que describen, pero sin embargo la Historia existe –verdadera, después de todo– en el amplio espectro, aún si sus detalles son frecuentemente distorsionados. Y el fotógrafo cinematográfico es indiscreto por profesión, a la pesca de alguna inauguración, su instinto frecuentemente lo hará adivinar dónde ocurrirán las cosas que más adelante se transformarán en causas históricas. ¡Es más susceptible de ser criticado por su exceso de fervor que lamentado por su timidez! La curiosidad natural o la tentación de las ganancias, y a menudo una combinación de ambas, lo hacen inventivo y audaz. Autorizado a aparecer en funciones ceremoniosas, se devanará los sesos para insinuarse a sí mismo sin autoridad frente a otros, y la mayoría de las veces sabrá cómo encontrar las ocasiones y lugares donde la historia de mañana está por desarrollarse. No es de los que se asustan con un movimiento masivo o los comienzos de un motín, e incluso en una guerra no es difícil imaginarlo preparando su cámara contra las mismas trincheras que las

armas de las primeras líneas, y captando al menos una parte de la acción. Se meterá disimuladamente donde sea que brille el sol... ¡Si tan solo para el Primer Imperio o la Revolución,² por tomar ejemplos, pudiéramos reproducir las escenas que la fotografía animada revive fácilmente, podríamos haber resuelto algunas preguntas, tal vez accesorias pero sin embargo desconcertantes, y ahorrado ríos de tinta inútil!

Así, esa copia cinematográfica en la cual una escena se hace con mil imágenes y que, desenrollada entre una fuente de luz enfocada y una tela blanca, hace que los muertos y ausentes se levanten y caminen, esa simple tira de celuloide impreso constituye no solamente una prueba de la historia sino un fragmento de la historia misma, y una historia que no se ha debilitado, que no necesita un genio para que la reviva. Está allí, apenas dormida, y al igual que esos organismos elementales que luego de años en estado de latencia son revitalizados con un poco de calor y humedad, para despertar y revivir las horas del pasado ¡solo se necesita un poco de luz proyectada a través de una lente hacia el corazón de la oscuridad!

El cineasta tal vez no registre la totalidad de la historia, pero al menos la parte que nos ofrece es indiscutible y absolutamente verdadera. La fotografía ordinaria puede ser retocada, incluso hasta el punto de la transformación. ¡Pero intentemos hacer cambios idénticos en mil o mil doscientas imágenes microscópicas!.. Puede decirse que la fotografía animada tiene intrínsecamente una autenticidad, una exactitud y una precisión que le pertenecen a ella sola. Es la encarnación del testigo visual verdadero e infalible. Puede verificar testimonios verbales, y si testigos humanos se contradicen entre sí acerca de un acontecimiento, puede resolver el desacuerdo silenciando al que desmienta.

Imaginemos una maniobra militar o naval cuyas fases hayan sido registradas sobre película por un cineasta: cualquier debate podría ser llevado rápidamente a un final... éste puede establecer con precisión matemática las distancias que separan lugares en las escenas que ha fotografiado. Generalmente tiene

indicaciones claras para guardar su testimonio del momento del día, estación del año y condiciones climáticas que rodean el acontecimiento. Incluso lo que se escapa del ojo desnudo, el progreso imperceptible de las cosas en movimiento, es captado por la lente en el horizonte distante y seguido al primer plano. Idealmente, otros documentos históricos deberían poseer el mismo grado de certeza y claridad.

La cuestión ahora es darle a esta fuente de pruebas históricas quizás privilegiada la misma autoridad, existencia oficial y accesibilidad que otros archivos ya bien establecidos. Esto está siendo acordado en los grados más altos del gobierno, y por otra parte los caminos y medios no parecen muy difíciles de encontrar. Será suficiente dar a las pruebas cinematográficas de naturaleza histórica una sección en un museo, un anaquel en una biblioteca o un armario en los archivos. Su archivo oficial estará en la Bibliothèque Nationale, la biblioteca del Institut de France, bajo el cuidado de una de las Academias dedicadas a la Historia, en los Archives Nationales, o incluso en el Musée de Versailles. Esto es simplemente cuestión de elegir y decidir. Una vez que esté establecido no faltarán donaciones, como regalos, o incluso ofrecimientos motivados por el interés financiero. El precio de los equipos de proyección cinematográficos, como los mismos rollos de película –muy caros al principio–, está disminuyendo rápidamente y llegando al alcance de los simples aficionados a la fotografía. Muchos de ellos, sin incluir a los profesionales, están comenzando a interesarse en los usos cinematográficos de este arte y esperan nada menos que contribuir a la constitución de la Historia. Aquellos que no traigan sus colecciones personalmente las dejarán libremente como un legado. Un comité competente aceptará o rechazará los documentos propuestos de acuerdo a su valor histórico. Los rollos de negativo que acepte serán guardados en cajas precintadas, marcadas y catalogadas. Éstos serán los prototipos que no se tocarán. El mismo comité decidirá las condiciones en las cuales se prestarán las copias positivas, y reservará aquellas que por motivos especiales de propiedad sólo podrán ser exhibidas públicamente después de un cierto número de años. Lo mismo se está haciendo con ciertos registros públicos. Un curador del establecimiento elegido cuidará la nueva colección en principio

limitada, y una institución del futuro será fundada. París tendrá su Archivo de *Cine Histórico*.

La creación de esta fundación es indispensable, y tarde o temprano ocurrirá en alguna gran ciudad europea. Me gustaría contribuir a su establecimiento aquí en París, donde he sido bienvenido tan amablemente. Y en este punto solicito modestamente entrar en el cuadro.

Como fotógrafo del Emperador de Rusia, y a sus órdenes expresas, he sido capaz de tomar una vista de cineasta de –entre otros cuadros curiosos– las escenas importantes y los incidentes íntimos de la visita hecha por el Presidente de la República Francesa a San Petersburgo en septiembre de 1897.³

Estas tomas, que la iniciativa de una autoridad tan alta me permitió realizar, fueron proyectadas ante sus mismísimos ojos, luego de lo cual pude –en unas sesenta exposiciones consecutivas, aproximadamente– ofrecer el mismo espectáculo a los soldados en las bases militares parisinas. Me sentí sorprendido y encantado por el efecto que ellas produjeron en esas almas simples, a quienes tuve la oportunidad de mostrarles la fisonomía de una tierra extranjera y su gente, el concepto de ceremonias tan ajenas a ellos, en resumen, las manifestaciones de una gran nación.

Ofrezco esta serie de tomas cinematográficas no poco interesante como base para el establecimiento del nuevo Museo. He tenido la fortuna de realizar tomas de personas de importancia considerable, y con su apoyo quizás pueda ver estos archivos de un nuevo género fundado en París.

He descrito por qué auguro un desarrollo simple y veloz para este archivo. Yo mismo contribuiré con él. Además de las escenas que he mencionado, tengo el honor de poseer muchas otras: la coronación de Su Majestad Nicolás II, las visitas rusas de los otros dos emperadores y el Jubileo de la Reina Victoria de Inglaterra. Más recientemente pude fotografiar en París acontecimientos completamente inesperados e interesantes. Propongo recolectar por Europa reproducciones de

todas las escenas que me parezcan de interés histórico, y enviarlas al futuro Archivo.

Mi ejemplo será imitado solo si se fomenta esta idea simple pero nueva, planteando sugerencias para mejorarla, y si, sobre todo, se le da la amplia publicidad que necesita para prosperar y ser fructífera.

Notas

¹ Las palabras en *itálica* aparecen así en el original (N de la T).

² El Primer Imperio francés se extendió desde 1804 hasta 1815. También es conocido como Imperio napoleónico. El autor se refiere también a la Revolución francesa de 1789.

³ Durante una proyección se descubrió que una de estas tomas refutaba indiscutiblemente una declaración falsa que venía del extranjero, la cual alegaba que una conducta inapropiada había ocurrido durante estas reuniones. Sin duda el asunto tuvo poca importancia, pero sin embargo es sólo un ejemplo de fotografía animada al servicio de la verdad, verificando el testimonio de los hombres. Un lado completamente anecdótico de la historia evitará en el futuro la fantasía de los narradores.